

# E. MIRET MAGDA LENA

Los católicos han perdido, en estos últimos años, muchos complejos que antes atenazaban su psicología. Pero estos complejos los han sustituido —a veces— por otros diferentes.

Es cierto que cada vez damos menos importancia, y nos acompleja menos, saber que Pablo VI creó hace pocos días treinta nuevos cardenales. Hace unos años estábamos inquietos por cualquier noticia en este sentido, y hacíamos nuestras cábalas sobre las consecuencias que cualquier elección cardenalicia podría aportar a la Iglesia. Yo diría que teníamos el "complejo de Iglesia", y dábamos una importancia excesiva a estos ligeros cambios exteriores de la gran estructura eclesial.

Ahora las cosas han variado mucho; y realmente lo que estaríamos deseando es un cambio mucho más radical, no sólo en las personas, sino en la estructura del sistema de elección del Papa, que sigue rutinariamente con las costumbres de otros tiempos que nos parecen a muchos desfasadas, por más que se quieran suavizar. Si el episcopado es lo más importante de la estructura exterior de la Iglesia, y lo que corresponde más a su sentido universal, ¿por qué continuar con la ficción del nombramiento de cardenales que es una institución puramente humana, y, desde luego, dependiente de los deseos parciales de la Curia de Roma? ¿No sería mucho más lógico dejar en manos de la universalidad de los obispos un asunto tan delicado en los tiempos actuales como es el nombramiento del Papa?

Pero por interesante que parezca la noticia, y estas reflexiones mías, entiendo que cada vez damos menos importancia a todo lo que corresponde a la estructura externa de la Iglesia. Nuestro complejo de Iglesia se ha disuelto en estos años.

Como se ha disuelto también el complejo de ortodoxia. Todo el mundo lee sin pena ni gloria que el obispo de Alicante haya prohibido el Misal de la Comunidad confeccionado por los mejores teólogos, escrituristas y pastoralistas españoles. Hace unos años esto hubiera producido un fuerte impacto en muchos creyentes, que se hubieran sentido cohibidos ante esta determinación autoritaria de este obispo; pero ahora apenas nos importa que haya tenido un prelado

esta decisión cuando este Misal de los fieles viene avalado por los más inteligentes especialistas de la Iglesia española. Aparte de que leído, este libro de oración oficial de la Iglesia para los fieles, no podemos encontrar los simples creyentes ninguna de las "terribles" cosas que estos celosos pastores hallan en él.

Lo mismo se diga de la polémica que ha aireado alguna agencia de prensa sobre la revista "Eucaristía", llevada por un grupo de sacerdotes de Zaragoza que, ejemplarmente están durante varios años intentando renovar la pastoral de aquella archidiócesis tan retrasada. Y de repente nos enteramos que han surgido, por parte de algunos conservadores de otros tiempos, la suspicacia de heterodoxia, siendo así que son los más responsables e inteligentes pastores y teólogos de la ciudad de Zaragoza los que están responsabilizados con esta ejemplar publicación. Naturalmente que a todos nos tienen que doler estos ataques que nos parecen impropios de nuestro catolicismo posconciliar; pero también es cierto que no podemos tomar muy en serio estas protestas que suponen todavía un complejo psicológico de ortodoxia anacrónico.

## LOS COMPLEJOS DEL CATOLICO

Otra cosa parecida puede decirse de las declaraciones de monseñor Cantero a la televisión holandesa. A mí me han parecido interesantes, porque revelan con claridad su opinión personal tan distinta —en varios importantes aspectos— de la expresada por la Conferencia Episcopal en su Documento sobre Iglesia y Comunidad Política; pero entiendo que es preferible que cada uno diga lealmente su opinión, en vez de quedar ésta oculta, sin expresión pública. Lo lógico es que todos conozcamos los motivos religioso-políticos de cada uno de nuestros pastores que indudablemente no son coincidentes.

Lo que me choca es que monseñor Cantero se meta contra los "profetas" actuales, cuando el Concilio Vaticano II claramente

habló de que a todos los fieles creyentes les compete esta misión profética. Por ejemplo, el Decreto sobre el Apostoiado de los Seglares dice que nosotros hemos sido "hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo" (número 2). Y una de las principales funciones, de cara a la renovación de la Iglesia y del mundo, es precisamente la denuncia profética, la cual no tiene nada que ver —y en eso me parece que se equivoca monseñor Cantero— con la adivinación del porvenir. Creo que ningún escritor diría que el don de profecía se refiere esencialmente al descubrimiento del futuro, sino a esa denuncia profética de los males de los individuos y de la sociedad, tanto religiosa como civil. Por eso es posible ser profeta y no tener ninguna pretensión de averiguar el porvenir, como si se fuera el oráculo de Delfos. Pero, en último extremo, todo esto es poco importante y ya no produce apenas impacto en las mentes católicas, porque se nos ha marchado el complejo de Iglesia que antes teníamos y bajo el cual se vivía pendiente de cualquier palabra que emanase de algún obispo. No quiere esto decir que despreciemos a los obispos, sino que los ponemos en su sitio, y sabemos perfectamente que en la historia de la Iglesia ha habido obispos equivocados desviados e incluso heterodoxos, como nos recordaba a todos los creyentes el cardenal Seper hace unos meses, poniéndonos en guardia ante una aceptación demasiado ingenua de cualquier palabra episcopal. Y aunque esto los conservadores lo usan solamente contra los progresivos, el principio es verdadero para cualquier tipo de orientación; y hemos de aplicarlo con inteligencia y responsabilidad lo mismo en un caso que en otro, sin hacer acepción de personas, ya que esto, tanto el Apóstol San Pedro como el Apóstol Santiago, nos dicen que los cristianos nunca debemos hacerlo.

Hemos superado los complejos que antes nos atenazaban; y síntoma de ello es todo lo que aquí cuento. Pero también es verdad que todavía no los hemos superado totalmente y, en algunos casos, los hemos sustituido por nuevos complejos que revelan la inmadurez en que todavía se encuentran muchos hombres y mujeres que son religiosos.